

Cierto es que los obispos ampararon entonces á menudo á sus ovejas, en particular á los romanos, con valor y sacrificios contra las autoridades laicas y sus encargados francos, á veces contra la misma autoridad soberana, como en las cuestiones tributarias, por legales que fuesen.

No obstante, la civilizaci6n romana y cristiana habia ejercido su natural influencia hasta sobre los bárbaros, y en particular sobre el nieto de aquel Clodoveo cuya teología se limitaba, entre Cristo y la divinidad germánica Odin, el duende maligno, á inclinarse á quien despues de su espada le ofrecia mas ventajas. Chilperico no era ya el salvaje bravío Clodoveo; su carácter é índole eran mas complicados. La codicia del poder y de las riquezas, la falacia, la sensualidad bestial y la sed de sangre le eran tan innatas como á casi todos los merovingios; pero á estas cualidades se agregaba una dependencia cobarde y chocante de la voluntad de su feroz esposa, si bien con cierta informalidad, es decir, con algunas tentativas para proceder segun su propio criterio, por cierto mejor que el de la apasionada Fredegunda, y, cosa extraña, con cierta ambicion de brillar en materia intelectual y espiritual en cuanto sus impulsos materiales hereditarios se lo permitian. Dicho esto, volvamos á dejar la palabra al obispo de Tours:

«En aquel tiempo escribi6 el rey Chilperico un tema sobre la Santísima Trinidad en el sentido de que debia llamarse simplemente Dios y no diferenciarse en ella personas, porque decia que no era digno dar á Dios, como á un hombre de carne y hueso, la calificaci6n de «persona»; que Dios Padre era tambien Hijo, y el Espíritu Santo lo mismo que el Padre y el Hijo. «Así, — decia, — apareció á los profetas y á los patriarcas, y así nos lo presenta la ley divina (1).»

»Despues de haberme hecho leer en alta voz todo esto, dijo: «Pues bien, esta ha de ser ahora tu fe y la de los demás doctores maestros de la Iglesia;» mas yo le respondí: «Renuncia á esta fe err6nea, oh rey piadoso, y sigue la que nos han transmitido despues de los ap6stoles, otros doctores maestros de la Iglesia, la que nos han enseñado Hilario y Eusebio (2).» A esto contest6 el rey, enojado: «Ya está visto; Hilario y Eusebio me son en este punto decididamente contrarios.»

Esto dijo el rey, no en el sentido doctrinal, sino como bárbaro ignorante en el sentido de que estos obispos santos le hacian la oposici6n como enemigos encarnizados suyos á quienes su saña y poder no alcanzaban, y que si los irritaba mucho podian dañarle á él; pero no por eso renunci6 todavía á su idea, creyendo encontrar algun medio para burlarse de los que le hacian la oposici6n, como se desprende de lo que sigue:

«Yo le repliqué: «Lo que has de procurar es no irritar contra tí á Dios (y á sus santos); pues has de saber, que como personas son distintos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; ni Dios Padre ni el Espíritu Santo se encarnaron, sino el Hijo, á fin de que El, que era el Hijo de Dios, fuese reconocido para nuestra salvaci6n Hijo del Hombre y de la Virgen; ni Dios Padre, ni el Espíritu Santo han padecido, sino el Hijo, á fin de que, habiéndose hecho carne, pudiese

(1) Ruinart observa aquí que Chilperico se inclinaba por lo mismo á la herejía de Sabelio. — Este Sabelio era un sacerdote de Tolemaida por el año 250. Su doctrina fué admitida y amplificada por Eutiquio por el año 440, cuya doctrina rechaz6 el concilio de Calcedonia del año 451. Consistía en que su autor negaba las dos naturalezas de Cristo y solo reconocía únicamente la divina. La coincidencia, no obstante, era casual y por lo mismo es probable que la doctrina herética de Chilperico no fué idéntica ni con la de Sabelio ni con la de Eutiquio.

(2) Hilario, obispo de Poitiers, y Eusebio, obispo de Vercelli, combatieron las herejías, especialmente las relativas á la Santísima Trinidad.

sacrificarse por el mundo. Lo que tú dices de personas, no hay que entenderlo corporal, sino espiritualmente. En estas tres personas hay solo una gloria, una eternidad, y una potencia.» A esto contest6 enfadado: «Yo lo expondré á hombres mas sabios que tú, y serán de mi opinion;» á lo cual repliqué yo: «El que quiera seguir lo que tú presentas, no será nunca un sabio, sino un necio.»

El valiente obispo usaba un lenguaje asaz franco segun se vé.

«Al oír esto, rechin6 los dientes y call6. Cuando lleg6 algunos dias despues el obispo Salvio, de Albi, le expuso lo mismo y pidi6 su aprobaci6n; pero cuando el obispo lo hubo oido, lo desech6 de tal manera, que á haber podido coger el papel en que estaba escrito, lo hubiera hecho pedazos. Entonces renunci6 el rey á su intento.

»Chilperico compuso tambien algunos libros en verso, en los cuales pretendia imitar á Sedulio (3); pero sus pobres versos no tienen nada que ver con las reglas de la métrica.»

Sin necesidad de pruebas, y á pesar de las alabanzas del adulador Venancio Fortunato, podemos admitir esta crítica del honrado obispo como perfectamente fundada, sin que influyera ningun rencor en el juicio de Gregorio.

«Tambien aadi6 algunas letras nuevas á nuestro alfabeto, á saber: para los sonidos ω (o larga), como la de los griegos, luego ae, the y vi:

Para la o larga (en griego ω): Θ (theta mayúscula);

para the: Ζ (la zeta mayúscula);

para ae: Ψ (la psi minúscula);

para vi: Δ (la delta mayúscula).

»Envi6 cartas á todas las ciudades de su reino mandando que en adelante se enseñase á los niños usando estas letras y se corrigiesen todos los libros de enseñaanza antiguos, borrando con piedra pómez lo que fuera menester (4).

»En aquel tiempo muri6 el obispo Agroecula de Chalons, hombre instruidísimo, discreto y de familia senatorial. Construy6 muchos edificios en aquella ciudad, aument6 las habitaciones y concluy6 la iglesia principal, aadiéndole columnas y hermoseándola con mármoles de diferentes colores y cuadros de mosaico. Vivía con gran abstinencia; no comía sino á la caida de la tarde, y se levantaba de la mesa antes de la puesta del sol. Era de estatura pequeña, pero grande en elocuencia, y muri6 á la edad de 83 años, en el 48.º de su obispado (5). Su sucesor fué Flavio, referendario del rey Gontran.»

Este es otro ejemplo de un funcionario laico que por via de retiro consigue una silla episcopal.

(3) Sedulio, sacerdote cristiano que floreció en el siglo v, en el reinado de Teodosio, era uno de los mejores poetas de la época de la decadencia literaria y fué imitado por los poetas cristianos posteriores durante largo tiempo. Esto quiso hacer tambien Chilperico, como Gregorio dice en este pasaje y en el libro VI, 46; pero de estos versos de Chilperico no se ha conservado ninguno. Algunos versos dedicados á San German, obispo de Paris, que algunos le atribuyeron (véase Almoine, III, 16), son de Venancio Fortunato, segun Brouver, ó quizás, en opinion de Ruinart, de otro autor muy posterior. No obstante, el adulador Venancio Fortunato ensalz6 en una poesía (IX, 1) ampulosa que dedic6 al rey, entre sus lauros guerreros, su gran amor á las letras (ciencias y artes se decia entonces, es decir, á la gramática y á la métrica).

(4) Alguien acaso le di6 á entender que debia imitar al emperador Claudio, el cual introdujo tres letras en el alfabeto latino (véase Suetonio, Claudio, cap. 41., y Tácito: Ann., XI, 13 y 14). Estas letras, si alguna vez llegaron á emplearse, cayeron luego en desuso. — Ruinart. Véase sobre estas letras tambien: Almoine, III, 41; Guadet y Taranne, I, 452; Thierry, *Revue des deux mondes*, I, XII, 1836, y Rivet: *Histoire littéraire de France*, III, 342.

(5) La Iglesia celebra su memoria el 17 de marzo. Asistió al 3.º, 4.º y 5.º concilio de Orleans; al 2.º de Clermont, al 2.º de Paris y al 3.º de Lyon. — Ruinart.

«En aquel mismo tiempo pasó tambien á mejor vida Dalmacio, obispo de Rhodéz (1). Era un santo en todos conceptos, siendo grande su abstinencia de todos los goces mundanos, caritativo y afable con todo el mundo, incansable en rezar y velar. Empeñ6 la construcci6n de la iglesia principal, pero como la hizo derribar repetidas veces para volver á edificarla con mas perfeccion, la dejó sin concluir. Como casi siempre sucede, hubo muchos pretendientes cuando dejó á su muerte vacante su silla episcopal, siendo el que mas empeño mostr6 en obtenerla el arcediano del difunto, llamado Transobaldo (6 Transobado), que contaba con el influjo de su hijo, confiado á Gogo, á cuyo cargo corria la educaci6n del rey (2). Pero el obispo habia dejado un testamento en el cual encomendaba al arbitrio del rey el proveer la silla vacante, si bien conjurándole con espantosas maldiciones en caso de no cumplir su deseo, á que no la proveyese en un extraño (3), ni en un codicioso, ni en un casado, sino en un varon libre de todo lazo terrenal que solo viviese para la gloria del Señor (4). Transobaldo invit6 al clero de la ciudad á un banquete, y estando en la mesa empez6 uno de los sacerdotes á vilipendiar al obispo difunto en los términos mas desvergonzados, llegando hasta á calificarle de demente é imbécil. En esto dirigi6se á él el copero presentándole vino; el sacerdote tom6 la copa, la aproxim6 á los labios, empez6 á temblar; la copa se le cay6 de la mano, dejó caer la cabeza sobre el comensal que tenia al lado, y expir6. Fué llevado desde la mesa á la sepultura y cubierto de tierra. (Esto, por supuesto, era otro juicio de Dios y un milagro.) El testamento del obispo difunto fué leído al rey en presencia de sus grandes (*proceres*), y fué nombrado obispo Teodosio, á la saz6n arcediano de la ciudad.

»Cuando Chilperico lleg6 á saber todas las maldades que Leudasto cometia en Tours en perjuicio de las iglesias y de todo el mundo, envi6 allí á Ansobaldo (5), que lleg6 el dia de la fiesta de San Martin, y nos encarg6 y encarg6 á la poblaci6n la elecci6n de un nuevo gobernador (6), y sali6 elegido Eunomio. Leodasto, viéndose destituido, fué á ver á Chilperico y le dijo: «Hasta hoy, oh piadosísimo rey, te he

conservado la ciudad de Tours; ahora, fuera yo de ella, verás como se guarda, porque has de saber que el obispo Gregorio intenta entregarla al hijo de Sigeberto.» Al oír esto dijo el rey: «No hay nada de eso; tú lo dices porque estás destituido;» mas el otro continu6: «Peor es lo que el obispo habla de tí, porque dice que la reina, tu esposa, mantiene relaciones con el obispo Bertran (7).» Entonces enfureci6se el rey, peg6 al calumniador de pescozones y coces, y le hizo cargar de cadenas y encerrar en un calabozo.

»Como este libro reclama ya conclusion, quiero referir todavía algo de la vida de Leodasto, y principiaré por su origen y patria.

»En la costa de Poitou hay una isla llamada Gracina (8). Allí naci6 Leodasto, hijo de Leocadio, siervo de un vinicultor del rey. Al hijo toc6 pasar al servicio del rey y fué colocado en la cocina real, pero como en su infancia era legañoso y el humo le incomodaba fué trasladado de la cocina á la panadería. Allí fingió estar completamente á su gusto, hasta que pudo evadirse. Fué capturado y volvi6 á escaparse y despues de repetirse esto dos ó tres veces, se le hizo un corte en una oreja (señal que desde antiguo se hacia á los esclavos escapados y cogidos, ó cuya evasi6n se temia). Volvi6 á fugarse á pesar de la señal, y como ya no podia disimular su calidad de siervo fugitivo, busc6 asilo cerca de la reina Marcovefa, á quien el rey Cariberto habia tomado por mujer á pesar de estar ya casado con su hermana. Esta, pues, recogió á Leodasto y le ascendió poco á poco al puesto de encargado de sus caballos de lujo. Dominado por la vanidad, ambicion6 la categoría de caballero mayor y la consigui6. Entonces se entreg6 á todos los vicios; no cabía en sí de vanidad, y trataba con insolencia y altanería á todo el mundo. Su ama y protectora le envi6, como hombre de confianza, con toda clase de misiones tan pronto á un puesto, tan pronto á otro, y cuando ella muri6 habíase ya enriquecido Leodasto tanto con sus rapiñas, que pudo hacer grandes regalos al rey Cariberto y conservar por este medio su puesto. Mas adelante fué enviado de gobernador á Tours en castigo de los pecados crecientes de la poblaci6n.»

Aquí como en el caso de Andarquo se trata de un siervo que llega á altos puestos sin que el autor diga una palabra de su manumisi6n ni rescate. Podria ser que la reina Marcovefa le hubiese proporcionado la libertad, pero mas probable es que semejantes individuos conservaran á pesar de su elecci6n su calidad de esclavos, si no ya de su amo verdadero, del rey en cuyos dominios vivían ó que les empleaba por su idoneidad en cargos mas ó menos elevados. Los francos como todos los germanos, y como todas las razas bárbaras, solo conocian hombres libres, los guerreros de la tribu; esclavos eran los prisioneros de guerra, los deudores insolventes y otros individuos por el estilo; pero habiéndose hecho dueños de un país culto y dilatado, se habrian extinguido si no se hubiesen aproximado á la civilizaci6n y valido de los servicios de los hombres inteligentes de la raza sometida, y reconocido en su consecuencia en ella categorías como *notables, prudentes, mayores*, etc., que ni eran ni hombres libres de la tribu conquistadora, ni podian ser todos siervos.

»En su nueva dignidad elevada Leodasto se mostr6 mas altanero que nunca, codicioso, rapaz, brutal, pendenciero, adúltero y crapuloso, y reuni6 grandes tesoros por medio de discordias que promovió y de acusaciones falsas. Cuando á la muerte de Cariberto la ciudad de Tours pasó al dominio de Sigeberto, los partidarios fieles de este último arrebataron á Leodasto, que se habia pasado al rey Chilperico, todas las

(7) Evidentemente un franco; era obispo de Burdeos.

(8) *Gracina, Isle de Ré* (antes Herus ó Herio).

(1) La Iglesia celebra su memoria el 13 de noviembre (en el Martirologio Galicano). Asistió al concilio de Clermont en el año 535 y al 4.º de Orleans. — Ruinart.

(2) Durante la menor edad del rey, si sus parientes y otros ambiciosos no le mataban, gobernaban el reino los grandes ó en general los hombres de armas de la raza ó tribu dominante. Uno de ellos estaba encargado de la custodia del rey por los partidarios de éste y los parientes á quienes convenia que viviese; este custodio, que le educaba del modo que entendia, era designado por los galo-romanos con el nombre de *nutritor* ó *nutricius*. Este cargo tuvo Gogo, y despues de él Vandellino, ambos por supuesto francos, cerca de la persona de Childeberto II. Por educaci6n se entendia la física, los ejercicios corporales y guerreros; las letras constituían un ramo aparte que venia en segunda línea. Así es que los padres que podian confiaban sus hijos á un guerrero de nota, un caudillo, el mejor quisto en la corte del rey si era posible, y atendida la rudeza y tosqueidad de costumbres estos jóvenes, designados con el nombre de *nutricii*, eran considerados propiedad de su *nutritor*, á lo bárbaro. Como nutritio, pues, tenia el arcediano Transobaldo, franco como lo indica su nombre, un hijo suyo cerca de Gogo, el nutritor del rey. De esta situaci6n se deriv6 con el tiempo la de paje por un lado y la de escudero de caballero andante.

(3) Los extraños eran para los romanos y pueblos romanizados los bárbaros, en el caso presente los francos.

(4) Ya hemos visto que los reyes nombraban cuando les convenia obispos sin consultar á nadie, ó consultando por pura forma sin hacer luego caso de la opinion emitida. A no ser así, el testamento de Dalmacio no habria tenido ningun valor ni eclesiástico ni civil.

(5) Gobernador titular entonces de Tours y de su comarca, segun Gregorio, libro V, 14.

(6) En algunos casos cedia el rey su derecho de nombrar funcionarios al vecindario y al clero ó los autorizaba para proponerle el candidato, que luego aceptaba ó no, segun le convenia.



»El subdiácono Riculfo fué condenado á muerte, y solo con gran trabajo pude lograr que se le perdonase la vida, pero no pudo librarse del tormento.»

Este heroísmo de caridad, del cual Gregorio y tantos otros obispos dieron frecuentes ejemplos, y que Gregorio refiere sin la menor sombra de jactancia, nos reconcilia con los extraños dogmático-eclesiásticos de estos doctores de la Iglesia, que, como hemos visto, llegaron con sus teorías á verdaderas monstruosidades morales.

«Jamás cosa alguna, ni ningun pedazo de hierro bajo el martillo del herrero, tuvo que resistir tantos golpes como este infeliz. Desde las nueve de la mañana permaneció colgado de un árbol con las manos atadas á la espalda; á las tres de la tarde fué bajado y extendido con garruchas, en cuya posición fué azotado con palos, disciplinas y correas dobles, no por un hombre ni dos, sino por cuantos podían acercarse á sus míseros miembros (¡la venganza de Fredegunda!). Cuando estuvo á punto de expirar confesó la verdad y publicó los planes secretos inspirados por la alevosía. Dijo que habían imputado á la reina este crimen para que fuese proscrita del reino y para que recibieran, Clodoveo, por la muerte de sus hermanastros, el reino de su padre; Leodasto el mando en jefe de la fuerza armada; el sacerdote Riculfo, amigo de Clodoveo desde el tiempo del difunto y bienaventurado obispo Eufonio, el obispado de Tours, y el mismo subdiácono Riculfo, el arcedianoato.»

»Cuando por la gracia de Dios regresamos á Tours, encontramos allí la iglesia perturbada por el sacerdote Riculfo. Este hombre, de familia pobre, había entrado en la carrera eclesiástica en tiempo del obispo Eufonio y había llegado á ser arcediano; despues había sido ordenado sacerdote y como tal vivía independiente (1). Siempre fué orgulloso, altanero é insolente; cuando yo estaba todavía en la corte del rey, habíase alojado con el mayor descaro, como si fuese ya obispo, en la casa de la iglesia, había tomado nota de la plata que allí había y se había apoderado de los demás bienes; á los eclesiásticos de alta jerarquía había hecho grandes regalos, cedido viñas y repartido prados, y á los inferiores acalló con el palo, castigándoles hasta con su propia mano. Decía: «Reconocedme por amo vuestro, que he conseguido la victoria sobre mis enemigos; á mí, cuyo talento ha librado á Tours de este auvernés (2).» El miserable ignoraba que todos los obispos de Tours, menos cinco, habían sido miembros de mi familia (3). A sus privados solía decir que á los hombres sabios solo se podía engañar con juramentos falsos (¡bonita moral de un sacerdote de raza germánica!). Cuando regresé me miró con altivez y desprecio, ni vino á saludarme como los demás ciudadanos, sino muy al contrario, amenazó con matarme. Entonces le hice conducir, con el asentimiento de mis colegas de mi provincia (4), á un convento distante, donde le tuvieron en reclusión muy estrecha; pero se evadió con el auxilio de personas enviadas por el obispo Félix, que había también favorecido la causa referida antes (quiere decir la acusación de Gregorio) (5). Riculfo engañó (según su sistema) al abad con juramentos falsos y buscó un refugio cerca de Félix, que le recibió muy bien, debiendo haberle anatematizado.

«Leodasto se salvó en el territorio de Bourges, llevando

(1) Porque como arcediano debía vivir en la casa de la iglesia. El original por lo demás dice: *recessit in propria*, lo que se presta á diferentes traducciones.

(2) Gregorio era natural de Clermont-Ferrand, en la Auvernia.

(3) Aquí tenemos un ejemplo de una silla episcopal casi hereditaria.

(4) Varios obispados formaban una provincia eclesiástica y estaban estrechamente relacionados entre sí.

(5) Félix era obispo de Nantes y enemigo de Gregorio.

consigo todas sus riquezas, que había arrancado á los pobres (6); pero no tardaron en visitarle los vecinos de Bourges, con el juez del lugar á su cabeza, y le quitaron todo el oro y plata que tenía, dejándole solo lo que llevaba encima, y hasta le habrían quitado la ropa si no se hubiese escapado de sus manos.»

Este acto fué solamente un saqueo cometido en una persona puesta fuera de la ley, sin acordarse siquiera de que las cosas robadas así pertenecían legalmente al fisco.

«Cuando Leodasto se hubo rehecho se echó con algunos hombres de Tours sobre sus saqueadores, mató á uno, recobró algo de lo robado y volvió al territorio de Tours. Berulfo, el jefe de la fuerza armada, al saberlo envió gente contra él; pero Leodasto, cuando vio que pronto podría ser preso, abandonó cuanto tenía y se refugió en Poitiers en la basílica de San Hilario. Berulfo remitió al rey lo que había arrebatado á Leodasto. Este, sin embargo, salió repetidas veces de la basílica, penetró en las casas y robó públicamente, y hasta se le sorprendió cometiendo deshonestidades con mujeres en el peristilo del santuario. Indignó á la reina Fredegunda que se manchase de esta manera un sitio consagrado á Dios y mandó que se expulsara á Leodasto de la basílica del santo. Arrojado de allí volvió al territorio de Bourges, suplicando á sus amigos que le ocultasen.»

La profanación del asilo justificó la expulsión, según parece, porque Gregorio nada tiene que decir contra ella; y respecto de la piadosa indignación de Fredegunda, basta considerar que entonces y en todo tiempo se han visto y se ven personas viciosísimas poseídas de devoción exterior muy sincera, profesando el mayor respeto á lugares y objetos sagrados.

Volviendo al niño Childebarto, debería suponerse desde nuestro punto de vista de hoy, que hubiese buscado su mayor apoyo en Gontran, su tío y padre adoptivo; pero en lugar de esto, hizo, en el año 581, contra Gontran, una alianza con Chilperico. Verdad es que él no gobernaba ni tampoco su madre Brunquilda, que por lo demás no tenía ni la fuerza ni el derecho de la tutela, ni de gobernar por su hijo. Esto, entre los germanos, era poco menos que imposible, y si como hemos visto en la primera parte de esta obra, lo consiguió Amalasuinda entre los ostrogodos en Italia, con el asentimiento de los godos y romanos y el auxilio armado del emperador de Oriente, costó mucha sangre y duró poco este triunfo.

Según luego veremos, Brunquilda, con elevado arrojo, supo atraer á algunos jefes notables á su partido y al de su hijo, impidiendo con esto el desmembramiento del reino; pero la inmensa mayoría de los caudillos y prohombres, entre los francos, consiguieron la caída de la reina madre, siendo inútil que ésta se arrojará entre ellos para contenerlos y evitar que mataran al caudillo fiel al joven rey. Cada uno trataba de medrar á su manera durante la menor edad de Childebarto, sin tener para nada en cuenta la suerte del reino. Estos jefes brutales, que solo veían delante su interés personal sin pensar más lejos, habían atemorizado más de una vez, según hemos visto, á los reyes desde que los hubo por la reunión de mayor número de tribus bajo el mando de uno solo, y les habían obligado á ceder á su voluntad.

«Childebarto, en el sexto año de su reinado, prescindiendo de la paz convenida con su tío el rey Gontran, se alió con Chilperico. Poco despues murió Gogo, el ayo del rey, y ocupó su puesto Vandelino. Múmoló huyó entonces del reino de Gontran (7) y se encerró en la plaza fuerte de Aviñón, que formaba parte del reino de Childebarto.

(6) Probablemente alude á los fondos de las iglesias destinados á ellos.

(7) Mario de Avenches dice que huyó con su mujer, sus hijos, muchos siervos y grandes riquezas.

»En Lyon se reunió un sínodo de obispos (1) que decidieron diferentes cuestiones controvertidas y castigaron á los que se habían hecho culpables de negligencias. El sínodo trató también con el rey de la huida de Múmoló y de varias diferencias con Childebarto.

»Entretanto, y despues de tres años de ausencia, regresaron no sin grandes penalidades y pérdidas materiales los embajadores enviados por Chilperico á la corte del emperador (de Oriente) Tiberio. No habiéndose atrevido á entrar en el puerto de Marsella á causa de la contienda entre los dos reyes, se dirigieron á Agde, en territorio visigodo, pero antes de llegar á la costa su buque impulsado por el viento encalló y quedó hecho pedazos. Los embajadores y sus criados se asieron en el peligro mortal á tablas y llegaron á duras penas á la orilla; perdieron mucha gente, pero la mayoría escapó con vida; su equipaje, arrojado por las olas á la playa, fué robado por los habitantes, pero pudieron recuperar los objetos mejores y los llevaron al rey Chilperico; mucho, no obstante, quedó en poder de los de Agde.

»A la sazón había yo pasado á la hacienda de Nogent (2) para ver al rey, el cual me enseñó una gran fuente de mesa de oro, engastada de piedras preciosas y que pesaba 50 libras, y me dijo: «Esto he mandado hacer para gloria y brillo del pueblo franco, y si vivo mandaré hacer muchas otras piezas.» También me enseñó monedas de oro, cada una de una libra, que le había enviado el emperador, y que llevaban en un lado su imagen con la leyenda al rededor: *Tiberii, Constantini, Perpetui, Augusti*, y en el otro lado una cuadrada con una figura encima y la inscripción: *Gloria Romanorum*. Muchas otras preciosidades me enseñó que le habían llevado los embajadores.

»Estando yo en aquella corte llegaron el obispo Egidio de Reims y los varones principales del rey Childebarto, enviados como embajadores. Tratóse de arrebatar al rey Gontran su reino y de pactar entre Chilperico y Childebarto una alianza de paz. El rey Chilperico dijo: «Por mis pecados, cada vez mayores, no me han quedado hijos, y ya no me queda otro heredero más que el hijo de mi hermano Sigebarto, el rey Childebarto, el cual heredará todo cuanto yo haya adquirido; solo deseo que me dejen conservar todo mientras viva, sin disputármelo ni atacarlo.» Los embajadores dieron las gracias, firmaron los convenios, ratificaron lo convenido de palabra y regresaron con grandes regalos á Childebarto. Cuando partieron envió el rey Chilperico á Childebarto por su parte al obispo Lendaldo con los personajes más principales de su reino, los cuales juraron la alianza, recibieron el juramento de Childebarto, y autorizados así los convenios, regresaron también con grandes regalos.

»El jefe de las fuerzas de la Champaña, Lupo, estaba desde algun tiempo antes asediado por sus adversarios (3), que se apoderaban de cuanto podían, especialmente Ursio y Bertifredo, y finalmente convinieron en matarle, y llamaron á este fin su gente á las armas. Gran dolor causó á Brunquilda esta persecución injusta de su caudillo fiel; ciñóse las armas como un hombre, y arrojándose entre las huestes enardecidas, gritó: «¡No cometáis semejante injusticia! ¡No persigáis á un inocente! ¡No deis por un solo hombre una batalla que puede destruir los fundamentos del país!» Ellos contestaron: «¡Quita de ahí, mujer! ¡Bástete haber gobernado en nombre de tu marido; ahora reina tu hijo, y nuestra tutela, no la tuya, es la que conserva el reino; véte, pues, á fin de que no

te aplasten los cascos de nuestros caballos!» Despues de haber dicho esto y otras cosas, consiguió la reina, no obstante, con sus instancias, que no se librara la batalla; pero apenas se hubo marchado cuando aquellos hombres penetraron en las casas de Lupo, le quitaron su dinero diciendo que lo depositarian en el tesoro del rey, pero lo llevaron á sus casas, y amenazaron (á Lupo) diciendo que no había de escapar vivo. Cuando él se vio en semejante peligro, condujo á su mujer á Laon, detrás de cuyas murallas estaba segura, y huyó á la corte de Gontran, donde fué bien recibido y se ocultó aguardando allí la mayor edad de Childebarto.

»El rey Chilperico permanecía todavía en la mencionada hacienda, pero hizo cargar su equipaje y preparó su marcha á Paris. Habiendo ido á despedirme de él, se presentó también al rey un judío llamado Prisco, del cual Chilperico solía comprar alhajas. Este le cogió con la mano amistosamente por los cabellos, y me dijo, «Ven, sacerdote de Dios: é imponle tu mano,» y como el judío resistiera, le dijo el rey: «¡Alma dura y raza siempre incrédula que no comprende que el Hijo de Dios le fué prometido por la voz de los profetas!» A lo cual contestó el judío: «Dios no necesita mujer, ni le hace falta ningun hijo, ni comparte su gobierno con nadie.»

A esto sigue en la obra de Gregorio el relato de una discusión entre el judío y el rey, en la cual este soberano feroz y falso se muestra muy práctico en la polémica teológica, pero no sabiendo luego qué contestar á las objeciones del judío, el obispo acude á su auxilio y continua todavía largo tiempo la disputa, sin lograr, con gran sorpresa suya, convertir al judío y concluyendo sin resultado (4). Antes de que Chilperico montase á caballo con su esposa, hija y servidumbre, instó al obispo para que le bendijera (5), diciendo como el patriarca Jacob al ángel libro (1.º de Moisés, cap. 32, versículo 26): «No te dejes si no me bendices.» Mandó dar agua á Gregorio; éste se lavó las manos, oró, partió el pan sagrado, dió gracias á Dios, comió y dió al rey, sorbió también vino del cáliz y se despidió.

»Vivia entonces cerca de Niza un cenobita llamado Hospicio con abstinencia extraordinaria y haciendo rudas penitencias; llevaba cadenas de hierro sobre el cuerpo desnudo, y encima un cilicio, siendo su único alimento pan seco y dátiles, y en la cuaresma raíces de yerbas egipcias de que en Egipto se mantienen los cenobitas y que le llevaban los comerciantes. Bebía el caldo de las raíces cocidas y despues comía de éstas (6).

»El Señor obró grandes milagros por medio de este varón que un día, por revelación del Espíritu Santo, nos predijo la invasión de los longobardos en la Galia, diciendo: «Los longobardos vendrán á la Galia y asolarán siete ciudades, porque sus pecados han ido creciendo, nadie conoce á Dios ni pregunta por él, nadie hace buenas obras para aplacar su ira; todo el pueblo es incrédulo, todos juran en falso, todos roban, prontos siempre á matar, y hasta hoy no han producido ningun fruto justo; no pagan el diezmo (7), no dan de comer

(4) Gregorio quiso convencer al judío con citas del Antiguo Testamento, pero se vale también de pasajes del Nuevo. Entre las primeras es interesante la del salmo 95, versículo 10, que dice: «El Señor ha reinado desde el leño,» en la cual se pretende que los rabinos suprimieron las palabras «desde el leño;» no obstante, existe en Paris, en la antigua Biblioteca Real, un manuscrito que contiene las citadas tres palabras. Véanse las notas de Ruinart y Guadet y Taranne á la obra de Gregorio, libro VI, 5.

(5) Costumbre muy generalizada entonces. Constancio ya solicitó con las mismas palabras la bendición de San Hilario. — Ruinart.

(6) Estas yerbas y los dátiles le llevaban los comerciantes que hacían el comercio entre Alejandría y Marsella principalmente. Sin éstos el santo habría tenido que trabajar.

(7) Como mandaban los concilios galicanos, el 2.º de Macon del

(1) Este sínodo, el 3.º de Lyon, se reunió en el 22.º año del reinado de Gontran y en el 8.º de Childebarto. — Ruinart.

(2) Nogent-sur-Marne ó Saint-Cloud.

(3) Los demás jefes y caudillos francos del reino de Childebarto, ó sea de la Austrasia, que le odiaban porque se mantenía leal al joven rey.



riquezas que tan injustamente había acumulado. Cuando despues el hijo de Chilperico, Teodeberto, se apoderó por órden de su padre de la ciudad de Tours, en la cual yo me hallaba entonces instalado, me recomendó eficazmente á este Leodasto, deseando devolverle el gobierno de la ciudad y comarca. Entonces Leodasto se me mostró muy sumiso y humilde, y me juró repetidas veces sobre el altar de San Martin que nunca faltaria á la justicia ni al órden, y que me serviría en todas las cosas, tanto en mis asuntos particulares, como en lo tocante á las necesidades de la Iglesia (1); porque temia, como efectivamente sucedió despues, que el rey Sigeberto recobrase algun día la ciudad.

»Cuando despues de la muerte de Sigeberto la ciudad volvió á caer en poder de Chilperico, fué reinstalado Leodasto en su gobierno; pero llegó Meroveo á Tours y le arrebató tambien cuanto tenia.» (Y eso que Leodasto era uno de los partidarios mas celosos de su padre.)

»En los dos años que Tours habia estado en poder de Sigeberto estuvo oculto Leodasto en la Bretaña, y despues recobró, conforme ya hemos dicho, su gobierno. Desde entonces se ensoberbeció tanto que entró en la casa de la iglesia (que servia de alojamiento al obispo) armado de coraza y del carcaj, el venablo en la mano y la cabeza cubierta con el yelmo; de nadie se creía seguro, porque era enemigo de todos. Cuando estaba administrando justicia con las personas principales, seculares ó eclesiásticas y se encontraba con uno que queria administrar rectamente justicia, al instante se ponía furioso, imprecaba á los ciudadanos y les hacia poner esposas y sacarles del tribunal; y hasta alguna vez hizo apalear á hombres de armas (2); en fin, difícilmente pueden referirse las atrocidades que cometió. Cuando Meroveo, que le habia arrebatado lo que tenia, se hubo marchado de Tours, me calumnió á mí y sostuvo con toda falsedad que Meroveo le habia quitado lo suyo por consejo mio; pero al fin, despues de haberme causado daños, repitió sus juramentos de que nunca me atacaría, tomando por testigo de ellos la cubierta del sepulcro de San Martin.

»Seria demasiado largo contar una por una sus fechorías y demás maldades, por lo cual paso á referir cómo trató de perderme con calumnias infames é inícuas, y cómo le alcanzó la venganza divina para que se cumpliera lo escrito: «Un hermano oprime al otro,» y: «El que abre una hoya para otro, en ella caerá él mismo (3).»

»Fué el caso que despues del mucho mal que nos habia hecho á mí y á los míos (4), y de haberse apropiado muchos bienes pertenecientes á la iglesia, entendióse con un sacerdote llamado Riculfo (evidentemente germano), y perverso como él, y finalmente produjo la acusacion de que yo habia imputado un crimen á la reina Fredegunda. Aseguró que si se aplicase el tormento á mi arcediano Platon (5) ó á mi amigo Galieno, declararían que yo lo habia dicho. Entonces pególe el rey y le dió de patadas, conforme ya he dicho, le hizo cargar de hierros y encerrar en el calabozo. Dijo tambien que tenia un testigo, un eclesiástico llamado Riculfo.

»Este Riculfo que era subdiácono, y tan liviano como el

(1) En el ejercicio de todos sus deberes episcopales corrientes, como en las situaciones excepcionales de su iglesia, harto frecuentes entonces. Por supuesto, estos juramentos prestados por francos, y Leodasto era uno de ellos, eran una pobre garantía pero la única al alcance de gente pacífica.

(2) Los guerreros francos que asistian como tales y como hombres libres á las asambleas en que se evacuaban desde antiguo las cuestiones de justicia. Como se vé, sentábase tambien el clero en estos tribunales.

(3) Jeremías, 9, 4, y Proverbios, 26 y 27.

(4) Debe entenderse: á sus diocesanos.

(5) Posteriormente obispo de Poitiers, segun dice Gregorio en su obra: *De miraculis S. Martini*, IV, 32.

otro Riculfo y como Leodasto, con el cual se habia entendido ya un año antes, buscó pretextos para reñir conmigo y pasarse abiertamente á Leodasto, y finalmente riñó y se fué con éste. Despues de haber pasado cuatro meses en preparar lazos é intrigas contra mí, vinieron ambos á buscarme: Riculfo me pidió perdon y me suplicó que le volviera á admitir. Yo lo hice, confieso mi necedad, y admití en mi casa á mi enemigo secreto. Apenas se hubo marchado Leodasto, arrojóse Riculfo á mis piés y me dijo: «Si no me prestas pronto tu auxilio, estoy perdido. Incitado por Leodasto, he dicho lo que no debiera haber dicho; envíame, pues, al momento á los otros reinos; si no lo haces seré preso por la gente del rey y tendré que sufrir la pena de muerte.» Yo le contesté: «Si has hablado lo que no era justo, sobre tu cabeza caerá, porque yo no te enviaré á otro reino (6), á fin de que el rey no pueda sospechar de mí.» Entonces (7) acusóle el mismo Leodasto diciendo que de él habia oido aquello que me habia imputado haber dicho. Así fué preso y atado Riculfo y Leodasto recobró su libertad. Riculfo declaró que Galieno y el arcediano Platon estaban presentes cuando el obispo dijo aquellas cosas. Tan altanero se presentó Riculfo como Simon el mago (8), porque Leodasto le habia prometido el obispado (de Tours); y este hombre (9), que tres ó mas veces me habia hecho tan solemnes juramentos junto al sepulcro de San Martin, me maltrató el sexto día de la semana de Pascua con inyectivas y me escupió (10), y poco faltó para que me pusiera las manos encima, porque contaba con la trampa que habia preparado. Al día siguiente, vigilia de Pascua, vino Leodasto á Tours, y fingiendo venir por otros asuntos, prendió al arcediano Platon y á Galieno, les puso cadenas y los remitió despojados de sus ropas sacerdotales á la reina. Estaba yo en la casa de la iglesia cuando me avisaron de lo que ocurría; consternado y afligido entré en el oratorio, tomé el libro de los salmos de David, para ver si abierto (al azar) me daria algun consuelo, y leí el siguiente versículo: «Y los guió tan seguro que no tuvieron temor, pero á sus enemigos cubrió el mar (11).» Cuando yo leía esto estaban ellos pasando el rio (Loira) en una barca construida de dos lanchas unidas con tablas; la lancha en la cual estaba Leodasto se hundió, y si no hubiese sabido nadar se habria acaso ahogado con sus acompañantes; la otra lancha, unida á la primera, y que conducia los presos, pasó con la ayuda de Dios el agua. Los presos fueron llevados ante el rey y encausados al instante con grandísimo rigor con el objeto de acabar con ellos con una sentencia de muerte; pero el rey se repuso, les hizo quitar las ataduras y los tuvo simplemente arrestados.

»En Tours, entretanto, el jefe de la fuerza armada Berulfo (12) y el gobernador Eunomio inventaron la fábula de que el rey Gontran queria apoderarse de la ciudad y para evitarlo, y no ser acusados de negligencia, decían que era preciso vigilar la ciudad en todo su circuito. Con este pretexto pu-

(6) Habria cometido crimen de alta traicion facilitando la traslacion de un súbdito del rey á otro reino sin permiso del soberano; pero Gregorio, tan sencillo por lo regular, no cayó en este lazo.

(7) Entonces fué cuando Leodasto se fué á ver al rey para calumniar á Gregorio de Tours y fué, como sabemos, maltratado y echado en un calabozo.

(8) Véase la *Historia de los Apóstoles*, 8, 9.

(9) Segun lo que sigue, no se sabe si habla aquí de Leodasto ó de Riculfo.

(10) *Sputis agere* podia ser muy bien *escupir a obispo*, porque esto ya se hacia á Cristo, y era una costumbre antiquísima que figuró y aun figura hoy en muchísimas prácticas supersticiosas.

(11) Salmo 78, versículo 53.

(12) Mandaba las fuerzas de Tours, Poitiers, Angers y Nantes. Despues se sospechó que se habia apoderado de una parte de los tesoros del rey Sigeberto y fué destituido del mando.

sieron centinelas en todas las puertas, pero en realidad era para vigilarme á mí. Tambien me enviaron personas que me aconsejaban que tomase los objetos de mas valor de la iglesia y huyese secretamente á Clermont.»

Podria ser que el buen Gregorio viera tambien muchas sombras y lazos donde no existían; pero en general resulta que aun los hombres tan virtuosos y pacíficos como Gregorio de Tours nunca podian estar tranquilos en aquella época, y que necesitaban, por sencillos que fuesen, mucha sagacidad, prudencia y astucia para salvar sus personas.

»El rey convocó á los obispos de su reino y les encargó que examinaran el caso escrupulosamente. El subdiácono Riculfo, en las varias declaraciones que tuvo que prestar en secreto, contó muchas imposturas contra mí y los míos, tanto que Modesto, un carpintero, le dijo: «¡Desgraciado! que con tanta obstinacion levantas semejantes testimonios contra tu obispo! Mejor seria que callases y que pidieses perdon al obispo para volver á ganar su favor.» Al oír esto empezó Riculfo á dar gritos diciendo: «¡Mirad, aquí hay uno que me quiere hacer callar, para que no publique la verdad! ¡Ved á este enemigo de la reina que no quiere que se examine un crimen (una acusacion falsa)!»

»Esto fué comunicado al instante á la reina. Modesto fué preso, sometido al tormento, azotado, ahorrado y encerrado en un calabozo. Allí, cargado de cadenas y metido en un cepo, entre dos guardas, al llegar la media noche, cuando éstos dormían, dirigió sus oraciones al Señor á fin de que le socorriese en su mísero estado, y pues que era inocente, fuese libertado con el auxilio de los santos Martin y Medardo. Entonces se quebraron las cadenas, se rompió el cepo, se abrió la puerta, y el preso (se marchó y) entró en la iglesia de San Medardo, donde yo cabalmente estaba velando aquella noche (1).

»Los obispos se reunieron en la hacienda real de Braine, donde fueron alojados todos en una misma casa. Llegó luego el rey, saludó á todos, recibió su bendicion y ocupó su asiento. El obispo Bertran de Burdeos, al cual se habia acusado del delito (de adulterio) con la reina, expuso el caso el primero y me pidió explicaciones, diciendo que le habia imputado á él y á la reina este crimen. Yo dije, conforme era verdad, que no habia dicho tal cosa; que si otros lo habian oido, yo no era el inventor de tal especie (2). Entretanto hubo murmullos entre la muchedumbre reunida fuera de la casa, que decia: «¿Por qué se acusa de esto á un sacerdote de Dios? ¿Por qué lleva el rey estas cosas ante el tribunal? ¿Podia decir semejantes cosas aunque fuese de un siervo, todo un obispo? ¡Señor, ayuda á tu servidor!»

¿Qué tal seria en aquel tiempo el poder de un obispo en su propia ciudad y diócesis, cuando fuera de ellas se ponía de su parte desde luego el pueblo de otro lugar extraño!

»El rey dijo: «La imputacion hecha á mi esposa es un ultraje infligido á mí. Si determinais oír testigos contra el obispo, prontos están, pero si os parece mejor no hacerlo, y que basta la declaracion del obispo, decidlo. Haré de buena gana lo que resolviéreis.» Todos admiraron la prudencia y reserva del rey, y luego dijeron: «No puede darse crédito á una persona inferior contra un obispo.» Con esto se decidió que yo dijera misa en tres altares diferentes y me justificara

(1) Esto sucedió en Soissons, donde se encontraba naturalmente á la sazón tambien Gregorio. El sínodo estaba reunido en la hacienda real de Braine, situada á legua y media de Soissons. Venancio Fortunato ha celebrado este sínodo en una poesía dedicada al rey Chilperico, en la cual enaltece, del modo exagerado que dijimos en otra parte, á la reina Fredegunda.

(2) Este pasaje se presta en el original á diferentes traducciones, que en el fondo vienen á decir lo mismo.

ra de la acusacion con un juramento. No puedo callar aquí que la princesa Riguntis (3), condolida de mis penas, ayunó con toda su servidumbre hasta que un criado le dijo que todo se habia ejecutado como se habia decidido.»

Las tres misas y despues el juramento equivalian á una *purgatio canonica* (4). No era precisamente una ordalia, pero siempre venia á ser una apelacion al juicio de Dios, pues que tácitamente se admitia que Dios castigaria al eclesiástico perjuro. La misa y la comunión robustecian la prueba, atendido que la Sagrada Escritura dice que quien toma la sagrada comunión se busca él mismo el juicio de Dios, queriendo decir que la hostia, el *judicium offae*, le ahogaria. «Verificado todo esto, volvieron los obispos á presencia del rey y le dijeron: «Todo, oh rey, lo ha cumplido el obispo tal como se le ha mandado. Ahora solo nos resta, tocante á tí, que te excluyamos á tí y á Bertran el acusador falso de su hermano (espiritual) de la comunión de la Iglesia (5).» Entonces dijo el rey: «De ningun modo, yo solo he repetido lo que he oido.»

Es decir, que Chilperico no se presentó como acusador, papel que dejó al obispo Bertran, por astucia para no exponerse á la excomunion; y la paciencia y reserva que mostró ante la asamblea de los obispos habian sido dictadas solo por el temor y no por la prudencia, ni menos por la generosidad, cualidad desconocida del feroz franco.

»Cuando los obispos le preguntaron quién lo habia dicho, nombró á Leodasto. Este, sin embargo, habiendo perdido la esperanza de realizar su plan tan débilmente apoyado, habia huido; por cuyo motivo los obispos resolvieron que, siendo autor del escándalo, calumniador de la reina y acusador del obispo, fuese excluido de todas las iglesias, porque no habia sostenido la acusacion en el tribunal. En su consecuencia, enviaron una carta firmada por todos á los demás obispos que no habian tomado parte en la asamblea, y hecho esto, regresaron todos á sus casas.

»Cuando me hube despedido del rey y me preparaba para regresar á casa, no quise partir sin haber besado al obispo Salvio de Albi. Le encontré en el atrio de la casa de Braine, y cuando estábamos hablando de cosas diferentes, dijo repentinamente: «¿No ves tú lo que yo veo en el aire encima de ese tejado? — Yo dije: — Veo el tejado que el rey ha hecho construir recientemente. — Dijo él: — ¿y no ves otra cosa? — No, — contesté, — no veo otra cosa; — y creyendo que bromeaba, añadí: — Si tú ves mas, dílo; — entonces suspiró profundamente y dijo: — Veo encima de esta casa la espada de la ira divina.» Esta palabra del obispo se cumplió, porque veinte dias despues murieron los dos hijos del rey, como hemos referido antes (6).

»Cuando Leodasto supo el resultado quiso acogerse al asilo de la basílica de San Pedro, en Paris; pero entonces llegó á su noticia que un edicto del rey mandaba que nadie, en todo su reino, le diera asilo, y sabiendo, además, que su hijo, á quien habia dejado en casa, habia muerto, se dirigió á Tours, donde recogió lo que allí tenia de mas valor y lo envió al territorio de Bourges. Perseguido por los hombres del rey, salvóse huyendo, y su mujer fué presa y desterrada al distrito de Tournay.

(3) Hija de Chilperico y de Fredegunda. No existiendo entonces el título de princesa, llamábanse las hijas de reyes generalmente tambien reinas, y así lo hacia Gregorio.

(4) Así lo admiten con razon Guadet y Taranne. Ruinart supone equivocadamente que Gregorio hubo de jurar despues de cada misa. Era una variante de los juicios de Dios.

(5) El castigo usual de los acusadores falsos de obispos.

(6) No fué solo esto lo que quiso profetizar el obispo, sino el castigo de Dios, tan merecido por Chilperico y Fredegunda.